

14
\$10.5
Ezule
CR

educación

Sumario:

CARACTERES COSTARRICENSES — Manuel de Jesús Jiménez por José Fabio Garnier (página 65).

INFORMACIÓN PEDAGÓGICA -- Educar para la paz por María Montessori (página 73.) La reforma educacional de Buenos Aires por Roberto J. Noble (página 81).

INFORMACIÓN SOCIOLÓGICA — Introducción a la Sociología por Armando Cuvillier (página 90).

SECCIÓN OFICIAL — Labores escolares por Alejandro Aguilar Machado (página 100).

DOCUMENTOS HUMANOS — El día del Libro por Rodolfo Espinosa R. (página 102). Respuesta por Alejandro Aguilar Machado (página 105). Con los pies por Samuel Arguedas (página 106).

INFORMACIÓN LEGISLATIVA — La política educacional de la Administración del Licenciado don Cleto González Víquez por Luis Felipe González (página 108). La escuela contra las propagandas disolventes por José Claudio Williman (página 114). Legislación escolar costarricense—Años 1847 a 1850 (página 117)

PARA RECITAR — Umbral por Arturo Capdevila (página 126). Infancia por Antonio A. Gil (página 127). El sapito Glo-glo-glo por José Sebastián Tallón (página 128).

50

Enero, 1938

San José, Costa Rica

₡ 0.25

educación

Organo de la Asociación de Inspectores
y de Visitadores Escolares de Costa Rica

No. 50

* Noveno Tomo *

Enero 1938

CARACTERES COSTARRICENSES

MANUEL DE JESUS JIMENEZ

i.—Mil ochocientos cincuenticuatro. Junio. El día dieciséis. En Cartago y muy temprano en la mañana veía la luz primera un niño; llegaba a materializar el amor profundo que recíprocamente sentían don Jesús Jiménez Zamora y doña Esmeralda Oreamuno Gutiérrez.

De sana y elevada estirpe, en el recién nacido se confundían las virtudes y la inteligencia de sus abuelos: don Ramón Jiménez y don Francisco María Oreamuno y de sus abuelas, doña Joaquina Zamora y doña Salvadora Gutiérrez. Nobleza de sangre vertida en crisol de virtud, tal era el regalo que las hadas benéficas dejaron al pie de aquella cuna privilegiada.

ii.—Infancia y adolescencia de austera orientación. Una línea recta hacia el porvenir trazada por el ejemplo paterno y por los sabios consejos maternos. Sensato análisis de cuanto la vida le iba presentando al primogénito de un Presidente de la República. Olvido consciente y fecundo de la posición que ocupaba, a fin de no equivocarse en el juicio diario de los hombres y de las cosas. Tal fue la escuela a la que aquel costarricense tuvo que adaptar su inteligencia preclara y su virtud ingénita.

iii.—Mil ochocientos sesentinueve. Quince años nada más. Del noble solar hispano llegó a Costa Rica un sabio cuyas predilecciones lo llevaron hacia la orientación de la juventud. Por las fértiles campiñas que rodeaban a la ciudad de Cartago,

paseaban frecuentemente el maestro, de madurez intelectual poderosa y el preadolescente, deseoso de comprender la vida y sus variados aspectos. En la contemplación de las frescas regiones del valle natal, se hundían las dos conciencias; al principio, los papeles, como era natural, estaban invertidos: el joven explicaba, con fruición íntima, los secretos de su patria al viajero recién llegado quien, convertido en alumno, repetía satisfecho los nombres todos de los rincones de belleza grandiosa que ante sus ojos ávidos iba descubriendo el adolescente mentor.

El sabio extranjero: don Valeriano Fernández Ferraz. El improvisado maestro: don Manuel de Jesús Jiménez. Dos inteligencias sanas, una al frente de la otra. Dos espíritus nobles que, en esa forma sencilla, plácida, aprendieron a conocerse y a admirarse.

iv.—Más tarde, el hábil comentador de las bellezas patrias se convirtió en alumno y el extranjero cambió su agradable papel de curioso interrogador por el de maestro en las aulas del Colegio de San Luis Gonzaga.

Si el profesor en varias doctrinas era profundo, el alumno, en todas esas asignaturas, no quiso quedarse atrás. El uno dictaba sus cursos valiosos con suma complacencia: era característica su manera amable de ir diciendo las cosas como si las fuera extrayendo de las curiosas preguntas y de las inteligentes respuestas de sus alumnos. El otro escuchaba atento aquellas sabias enseñanzas que venían a redondear los fundamentales consejos escuchados de los amables labios paternos.

De aquella comunión espiritual entre maestro y discípulo, nacida en forma arcádica al recorrer las sendas campestres del fecundo valle del Guarco, surgió poco a poco, dotada de poderoso empuje cerebral, la vasta cultura del joven costarricense que, a no tardar, debiera ser el asombro de cuantos llegaran a apreciarla.

v.—Empezó como guía de profesor, al orientar a su maestro por las desconocidas regiones de su Cartago adorada. Como guía de juventudes debió seguir cuando, terminados sus estudios de segunda enseñanza, fue elegido para explicar, en

el mismo Colegio de San Luis Gonzaga, los encantos indecibles de la Lengua Castellana, los celosos secretos de nuestra Historia y las bellezas desconocidas de nuestra Geografía. Triple cátedra de aspectos muy diversos para quien no conoce las íntimas y recíprocas influencias que entre ellos existe. Cátedra única para el que, como nuestro joven profesor, empezaba a dominar la múltiple coordinación de los conocimientos humanos.

El nuevo catedrático, como todo educador de verdad, estudiaba, no en los libros, sino en la constante y nunca saciada curiosidad de sus alumnos. Ellos interrogaban y él profundizaba en las manifiestas contestaciones que, a todos los por qué del hombre, da la sabia naturaleza.

Fue un profesor cuya biblioteca estaba constituída, primordialmente, por las almas de sus discípulos y por las bellezas de los paisajes nativos: puede afirmarse que ni las unas ni las otras dejaron sin satisfacer sus ansias insaciables de conocimientos; puede decirse también que ni en unas ni en otras encontró engaño el virtuoso educador.

vi.—El padre bienamado supo infundir en aquel hijo primogénito dos de sus grandes amores: el que lo llevó hacia los surcos gratos de la enseñanza y el que le hizo volver los ojos maravillados hacia la tierra bendita que sabe devolver con creces el amor que se la prodiga.

El trabajo del campo monopolizó enseguida la atención de este hombre admirable que quiso y pudo triunfar en todas las actividades a las que dedicó sus energías múltiples.

En Tucurrique, el solar apacible de una tribu primitiva, su mano cariñosa sembró la semilla fecunda que había de multiplicarse con bíblica unción, sembró también la otra semilla, la del ejemplo de agricultor enamorado de la tierra, que debiera también germinar en el alma de todos los costarricenses.

Allá, en la tranquila ribera del río Tucurrique que sueña talvez en las pasadas glorias de la desaparecida tribu, aquel hombre enérgico presenció una de las más hermosas manifestaciones de la gratitud costarricense. Su padre glorioso—agricultor, entonces, también,—en medio de la naturaleza rústica que iba obedeciendo a su modesta mano de cultivador, recibió el

más alto premio que Costa Rica podía dar a uno de sus hijos: el título de Benemérito de la Patria.

Y el padre y el hijo, conmovidos, volvieron los ojos llenos de gratitud hacia la tierra encantada y, sin reposar sino lo necesario, siguieron en la tarea, llena de delicias, de sembrar, de sembrar siempre, lo mismo árboles que ejemplos y cariños.

vii.—Mil ochocientos ochenta y tres. Casi veintinueve años. El amor, que nada perdona porque todo debe ser intensamente amado, llegó al corazón del ilustre cultivador de plantas y de almas. Una virtud excelsa, un encanto genuino le atrajo con atracción realmente sugestiva. Era la dulce belleza de la señorita Cristina Rojas Román, la destinada, por sus espirituales dotes, a llevar hacia la paz, hacia la dicha a nuestro insigne compatriota.

Un idilio verdadero; virtud y talento, belleza y energía, dulzura y trabajo siempre se manifestaron a lo largo de los años hasta en los momentos mismos en los que el destino implacable se esforzó por privar a los costarricenses de aquel modelo constante de fe y de esperanza.

viii.—Cartago había reclamado la presencia de aquel hijo predilecto en el que se manifestaban muchas de las virtudes características de la metrópoli que, por su hidalguía mereció y merece el título de Muy Noble y Muy Leal. Y Cartago lo nombró miembro destacado de su Ayuntamiento. Y Cartago, enseguida, viendo en él anidarse muchos hermosos anhelos que eran suyos, de la vieja y siempre joven ciudad, lo escogió para que viniera al Congreso Constitucional a representarla como ella merecía serlo: con altivez sensata, con noble ambición, con patriotismo profundo.

ix.—Surge entonces el orador impecable de maravillosa capacidad intelectual, domeador, sin esfuerzos, de la palabra que en sus labios se hacía caricia cuando a la Patria y al bien y a la virtud se dirigía y que se transformaba en ascua candente al fulminar a quienes no eran dignos ni de la Patria, ni del bien, ni de la virtud.

En sus discursos vibrantes, como todo lo suyo, fulguraba la cultura: no sabía ser cruel con los que defendían tesis contrarias. Era característica la dulzura de su voz, dulzura que no menguaba ni siquiera cuando se hacía intensamente sonora al defender,

con brío que entusiasmaba, las propias opiniones orientadas siempre hacia el mejor porvenir de Costa Rica.

Inspiradas eran sus frases, profunda la preparación, bien intencionado el principio que elegía para su defensa. Con tales armas, el orador costarricense—que era todo un hombre de tribuna—llevaba la convicción inmediata a todos los corazones que lo sabían honrado a carta cabal, limpio de espíritu.

Su viejo maestro, el que aprendió con él a admirar las bellezas del paisaje tico, tan diverso del de las nativas islas Canarias, supo también hundirse en la admiración de aquellos discursos de su discípulo preferido a quien no vaciló en llamar, saturado de íntima satisfacción, “el primer orador costarricense, merecedor de un Plutarco que supiera presentarlo a la juventud por modelo de vida.”

Y ese Plutarco de Costa Rica aún no ha nacido, no ha querido nacer para cumplir con la desinteresada profecía del inolvidable don Valeriano Fernández Ferraz, el doctor por antonomasia!

x.—Tanto en la brillante actuación de la tribuna cuanto en lo íntimo de las conversaciones, las palabras de don Manuel de Jesús manifestaban siempre un inolvidable matiz; el del consejo sensato, sin doblez posible. Y ese consejo se imponía, en forma tal, que parecieran las frases cuyas órdenes que era preciso cumplir enseguida para la tranquilidad propia y para la felicidad de la Nación.

La palabra dada era un evangelio para este admirable costarricense. Una promesa suya era sagrada en extremo. Nunca conoció su alma la tristeza que se apodera siempre de quien hace un ofrecimiento y luego encuentra la forma, aparentemente lícita, de no cumplir lo prometido. Así lo aconsejó constantemente a sus amigos; no comprometer la palabra si antes no se ha apreciado el alcance que puede tener ese ofrecimiento. Hecha la promesa hay que llegar hasta la muerte antes que hacer burla de ella. Nada deshonra tanto como el no saber cumplir lo ofrecido espontáneamente.

Con esa manera de situarse ante los hombres y ante los sucesos, era natural que su lógica fuera considerada como invulnerable y que, en sus ojos, se viera siempre el resplandor del triunfo.

xi.—Y al hablar de sus ojos, que brillaban en la parte inferior de una frente alta y amplia, es preciso decir que había magnetis-

mo en ellos: cuando sus pupilas se fijaban en algo o en alguien, había una cierta vibración que se manifestaba en simpatía profunda. Sus mismos enemigos en ideas reconocían ese poder absoluto de intensa profundidad que brotaba de los ojos de aquel tribuno quien supo siempre mirar cara a cara, así a las situaciones que facilitan la vida, como a las que constituyen obstáculos que es preciso vencer. Nunca bajó la vista ante nada ni ante nadie: estaba convencido de que el corazón puro que en todos sus actos ponía, lo saturaba de fe en la victoria que muy contadas veces se hizo esperar.

xvi. — No era posible que un elemento de tanto valor escapara a la consideración de los costarricenses al tratarse de escoger al ciudadano que pudiera orientarlos, con sabiduría y discreción, desde la Presidencia de la República. En mil ochocientos noventa y cuatro, diez mil patriotas ofrecieron, en la ciudad de Cartago, la candidatura presidencial a don Manuel de Jesús Jiménez. Al aceptar ese merecido honor, el ilustre cartaginés, manifestó una vez más su ponderada lógica, su profunda tendencia hacia la concordia. Se colocaba, y en un criterio como el suyo era imposible no hacerlo así, en el fiel de la balanza política; deseaba que se le ofrecieran garantías al creyente al mismo tiempo que no se infundieran temores en el disidente; pretendía que no se disminuyera en modo alguno la libertad de conciencia; su programa era únicamente el afianzamiento de las instituciones republicanas que sentía, entonces, debilitadas; su aspiración fue la de dar a Costa Rica un gobierno esencialmente democrático, inspirado sólo en los saludables manantiales de la opinión pública.

Tuvo, al frente, la propaganda injusta de quienes predecían el peligro de una persecución religiosa, peligro del todo imaginario, dada la discreción absoluta que orientaba al señor Jiménez en sus actuaciones. Encontró, en campo adversario, a quienes predicaban contra una supuesta aristocracia, sin recordar que, aun cuando esa alta clase social existiera en Costa Rica, no era don Manuel de Jesús instrumento fácil en manos siempre blancas de tanto no trabajar. Vió, en tribunas enemigas, a los serviles que fraguaban, con su propia inconsciencia, el posible advenimiento de una dictadura militar. Adversarios poderosos que, como muy

acertadamente lo afirmó él mismo, hacían de la cruz un trabuco, de la libertad un azote, de la ley una espada.

La política, falaz en sus designios e ingrata en sus actuaciones, impidió que llegara a la Presidencia de la República, quien como muy pocos costarricenses, merecía esa distinción suprema.

xiii.—La tierra, que a pesar de ser femenina no sabe ser desdenosa, atrajo de nuevo al señor Jiménez. En su seno, allá en las vegas feraces del río Tucurrique, quiso olvidar las inconsecuencias de los hombres, hundiéndose en la contemplación de las bellezas naturales, afianzándose en el dominio profundo, que ya tenía, de la historia y de las letras.

Se presenta, al ávido espíritu del comentarista de una vida admirable, un aspecto nuevo en aquella vigorosa intelectualidad. Amanece el cuentista de costumbres, se insinúa el escrupuloso analizador de la historia patria.

Psicólogo atento a las más discretas manifestaciones de las almas, estudió, al través de los años y en documentos de la historia que a veces colindaba con la leyenda, las características, conscientes y subconscientes, de personajes a los cuales no sabemos evocar sino al través de las amenas descripciones que de ellos nos dejó el señor Jiménez.

Un libro, de valiosa estructura histórica a la par que psicológica, podría formarse con sus sabrosos relatos acerca de Domingo Jiménez Maldonado, Juan Solano, doña Ana de Cortavarría, Salvador de Torres, Diego Peláez, Alonso de Guzmán y el Capitán Antonio Pereira. Deliciosa sería la lectura de esas semblanzas magistrales lo mismo que la de sus inimitables y perfectas evocaciones de la vida costarricense de otrora: Las carreras de San Juan, La ambulancia, Siempre lo mismo, Antaño, Fiestas reales, El año mil ochocientos veintitrés y tantas otras que son modelo de castidad absoluta y de buen humor costarricense.

xiv.—Volvió la ráfaga política a envolverlo. No era posible que un estadista de su talla se mantuviera al margen de la discusión serena de los problemas que a la Patria, iba presentando el tiempo en el despliegue constante de sus inconstantes perspectivas. La campaña eleccionaria que llevó a la Presidencia de la República a su hermano don Ricardo, completó su acierto indiscutible

eligiendo a don Manuel de Jesús como Representante de la tierra nativa en el Congreso Constitucional.

Puede afirmarse, sin temor a exageración alguna, que la personalidad del señor Jiménez fue la más distinguida en aquella Cámara de Diputados en la que figuraban muchas inteligencias preclaras. Sus adversarios, que lo eran a un tiempo mismo del Presidente de la República, se dejaron llevar, en ocasiones, por la pasión política: siempre sus candentes discursos hallaron la correcta respuesta de la discreción más profunda: era don Manuel de Jesús quien, desde lo alto de su poderosa intelectualidad, contestaba siempre con suave cortesía a la par que con vibrante frase enérgica.

Era la suya una serenidad indiscutible, muy raras veces igualada en el ambiente parlamentario nuestro: ella sola bastaba a veces para hacer adoptar una tesis que siempre se sabía inspirada en un desinteresado amor patrio.

vv.— Dos dolores intensos, de carácter extraordinario, asaltaron su alma bien templada para soportarlos. Uno, allá en la mocedad tranquila, en mil ochocientos setenta, cuando una revolución depuso e hizo prisionero a su padre. Sin temor al peligro, que era evidente, obedeciendo sólo al espíritu de sacrificio que le inspiraban sus deberes de buen hijo, vino, a pie, desde Cartago, a ponerse a la sombra de quien tantos consejos y tantos ejemplos de desprendimiento le había dado; desafió a la adversidad que supo respetarlo: vana había de ser su fuerza ante manifestación tan hermosa de desprecio a la existencia, dada por un adolescente.

El otro, hacia el brillante crepúsculo vespertino de su vida, en mil novecientos diez, cuando las trágicas fuerzas naturales causaron la destrucción total de la ciudad de sus intensos amores. Cartago, la noble y acogedora ciudad de los fríos que incitan a la acción, quedó convertida en un recuerdo, un recuerdo no más. Y el patriota insigne, benemérito ciudadano de aquella población destruída, en medio del natural dolor que saturaba su alma, se impuso el deber de rescatar, del anonadamiento, el espíritu inmortal de su Cartago bienamada. Y en realidad, su fe tesonera, su esperanza cristiana y su energía sobrenatural lograron el milagro: al conjuro de su intenso amor ciudadano surgió una Cartago digna de tan excelso evocador.

vv.—Tanta preocupación constante y variada, tanto ejercicio activo, así material como intelectual, llevaron, a su cuerpo, la fatiga que pronto se convirtió en dominante enfermedad. La heroica ciudad de Alajuela, en varias oportunidades anteriores, con su cálida hospitalidad, le había devuelto presurosa la salud perdida. A su regazo de franqueza y cariño quiso acogerse una vez más con la esperanza de que la simpatía profunda que Alajuela le inspiraba, habría de sanarlo para bien de la República entera.

No lo quiso así el destino. Las primeras luces del alba del veinticinco de febrero de mil novecientos dieciséis se vieron entristecidas por el tránsito irreparable de aquella alma de costarricense sincero.

Alajuela, madre de héroes y de mártires, habría querido hacer más sagrada su tierra, custodiando en ella el cuerpo inánime de aquel hombre insigne que fue también un héroe y un mártir. Cartago, cuna de sabios y de maestros, quiso conservar celosa, como en ánfora ritual, los despojos mortales de su hijo inmortal. Y allá, en la ciudad que revivió al conjuro vigoroso de su fe inquebrantable, duerme el sueño previo al despertar eterno, uno de los compatriotas nuestros que merecen figurar en la galería enaltecida, fecunda en enseñanzas, de los profesores de energía costarricenses.

JOSÉ FABIO GARNIER

INFORMACION PEDAGOGICA

EDUCAR PARA LA PAZ

Conferencia dada en Copenhague, el 28 de Julio de 1937.

LA Educación, en estos momentos críticos de la historia, asume una importancia verdaderamente ilimitada. Esta extensión de su valor práctico podría definirse así: la Educación es el armamento de la paz.

Si pensamos en la importancia que tienen hoy los armamentos, y en toda su perfección científica, si pensamos que a tales armamentos confiamos la seguridad de los pueblos en tiempo de guerra habremos de decir: "De igual manera y en la misma medida y con idéntica perfección científica, debemos desarrollar la Educación". La Educación se convertirá así en el armamento sobre el cual establecerían los pueblos su seguridad y progreso.

No intento referirme al valor de los armamentos mecánicos; no hablo de política ahora. Todo lo que quiero indicar es que la verdadera defensa de los pueblos no puede descansar únicamente en las armas. Porque las guerras se suceden, la victoria nunca asegura la paz y la prosperidad de ninguno de los países, ni podrá asegurarla jamás, mientras no tomemos en cuenta este gran "armamento para la paz" que es la Educación.

Pero, para que la Educación tenga todo su verdadero valor en pro de la salvación del hombre y de su civilización, no debe conservar la misma forma que hoy tiene, ni mantenerse encerrada dentro de los límites en que hoy se encuentra. La Educación está muy retrasada con respecto a las necesidades de la época actual. Si la comparamos con los armamentos, tendremos que reconocer que ella se halla todavía a la altura del arco y la flecha. Y, cómo podrán los arcos y las flechas protegernos contra los cañones poderosos, las bombas y los aeroplanos?

Por ese motivo, este "armamento de la Educación" debe ser reconstruido con rapidez y energía. Naturalmente, una Educación que pueda traernos paz no ha de consistir únicamente en aquellas medidas que alejen al niño de cualquier idea de guerra; que no se le den soldados de plomo, que no se le enseñe la historia como una serie de empresas guerreras y que no se le inculque que la victoria en el campo de batalla es el supremo honor a que

puede un hombre aspirar. Educar de este modo no es bastante.

Igualmente es insuficiente la Educación que trata de enseñar al niño a amar y respetar todas las cosas, vivientes e inanimadas, a fin de que adquiera luego el respeto a la vida humana, y a las obras de arte y monumentos que los hombres han producido a lo largo de siglos de civilización.

Todo esto sería el aspecto académico de un esfuerzo dirigido contra la guerra misma; de un empeño para mantener a distancia el conflicto. Forma parte de un trabajo que podría llamarse un esfuerzo "negativo" es decir, de un trabajo cuya finalidad fuese impedir que la guerra se convierta en una amenaza inmediata, pero no sería un esfuerzo positivo, que prepare el mundo para la paz.

Es evidente que aquella forma de educación no ejerce influencia sobre las guerras. Si la ejerciera, qué habríamos de pensar de aquella educación que, en la vida civil, proclama como sagradas las vidas y libertades de los hombres? Y qué podríamos también decir de la influencia de aquellas religiones que han hecho todo lo que han podido, durante miles de años para enseñar a los hombres a amarse los unos a los otros?

Los hombres no van a la guerra porque estén sedientos de sangre, o porque estén ansiosos de usar sus armas. El hombre mismo no ama la guerra. Pero es fatalmente arrastrado hacia ella. Todos temen sus sufrimientos y quisieran rehuirlos, y es precisa la compulsión, moral o material, si se quiere que los hombres abandonen la tranquilidad de sus hogares y el afecto de sus familias para marchar a la guerra.

Los hombres no hacen la guerra por cuanto la tendencia guerrera les sea inculcada en la niñez por medio de juguetes. Puede añadirse que la forma en la que se enseña generalmente la historia, memorización de fechas y acontecimientos, tampoco es muy apropiada para inflamar nuestro heroísmo.

Evidentemente, la guerra es un fenómeno complejo de especial interés en nuestros tiempos, en los que la Educación, como se la entiende, ofrece muchos conocimientos acerca de la ciencia y del significado de la civilización.

Lo que debemos reconocer es que la humanidad está hoy abrumada por acontecimientos de universal alcance, de los cuales nunca se ha ocupado la Educación. El hombre de hoy es realmente como un niño abandonado, que se ve perdido en un bosque, en medio de la oscuridad de la noche, y atemorizado por las sombras y los ruidos misteriosos que allí se producen.

Los hombres no conocen los hechos que los arrastran hacia la guerra; por lo tanto, se encuentran absolutamente indefensos ante esos hechos. La sociedad ha progresado únicamente en las cosas exteriores. En ese campo, enormes mecanismos se han levantado; existe una complicada red de comunicaciones, pero en ella se halla aprisionado el hombre, ignorante y desorientado. A pesar de tales comunicaciones, los pueblos están desorganizados; se hallan compuestos de individuos que sólo piensan en su propio e inmediato bienestar. La Educación de hoy prepara a los individuos a mantenerse aislados dentro de sus propios intereses personales; a los discípulos se les enseña no ayudarse los unos a los otros, no hacer una indicación a quien se encuentra perplejo, pensar sólo en ser promovidos a la clase inmediata superior, y procurar obtener premios en competencia con los demás. Y estos pobres pequeños *egoistas*, cansados mentalmente, como lo ha comprobado la Psicología Experimental se encuentran finalmente unos ante otros, en el mundo. Como las arenas del desierto, cada cual está seco y desligado de su vecino; si sopla un viento fuerte, este polvo humano sin espíritu de cohesión será barrido y tendrá el poder devastador del simún.

La Educación que puede salvar al hombre no es una empresa fácil; incluye el desarrollo de sus poderes espirituales, su propia valorización. También

incluye la preparación de la juventud para comprender su propia época.

El secreto está en esto: que el hombre adquiere el poder necesario para dominar esa estructura mecánica que lo rodea y lo dirige. El productor debe ser el amo de su producto. Así como hoy la producción es intensificada por la ciencia, y se ha organizado admirablemente en el mundo, así debiéramos, en igual medida, dar valor, en una forma científica a todas las energías humanas para luego organizar la humanidad.

Los hombres no pueden permanecer por más tiempo ignorantes de sí mismos y del mundo en que viven. En esta ignorancia es precisamente en donde reside el mayor peligro.

En resumen, debemos organizar la paz por medio de la Educación. La Educación señala un mundo nuevo a conquistar; este es el mundo del espíritu.

Grande, inmenso, este drama de la Humanidad, que ha trabajado como esclava, para levantar un supermundo, una super-naturaleza, que estaba destinada a ahogar sus más profundas energías creadoras.

Ya lo hemos visto en nuestra experiencia con los niños. El niño es un embrión espiritual. Está lleno de misteriosas sensibilidades que lo guían. Son sus divinos instintos. Son energías creadoras que tienden a construir en la mente del hombre un instrumento tan maravilloso como el radio, que pueda recibir las ondas cortas y largas del éter, las cuales le traerán la música que flota en el espacio.

Así el niño, por su propia naturaleza, construiría esa especie de instrumento, destinado a recibir las divinas ondas que, largas o cortas, todas transmiten el amor de Dios que flota en los espacios de la eternidad.

Y esta es la sensibilidad que da valor al hombre. El hombre es grande, en cuanto es capaz de responder a las vibraciones de omnipotencia.

Yo quisiera preguntar a los fabricantes de apa-

ratos de radio o de televisión: "Es cierto o no que todo depende del instrumento que Uds. preparen?" Sin embargo, el valor y el milagro de este instrumento no reside sólo en él mismo, sino en el hecho de que tan maravillosos aparatos sean capaces de captar música e imágenes y traerlas con efectividad al mundo sensorial.

He visto que el niño es un embrión espiritual, el cual, aunque muy delicado, es capaz de evolucionar por sí mismo, y darnos así una prueba tangible de un hombre mejor. El niño nos ha mostrado hechos que son indudables y que constituyen las verdades reales de la construcción humana normal. Hemos debido ver a aquellos que cambiaron por completo, tornando su instinto posesivo en interés científico. Orden y disciplina sugieren en ellos como expresión de una perfecta libertad. El dominio propio los guiaba hasta en los más pequeños movimientos. He observado personalmente el desarrollo de la constancia y el desaparecer de la fatiga; y no solamente eso, sino también (lo que es más extraño aún), un verdadero aumento de energías después de continuada labor.

He observado el nacimiento espiritual de una nueva raza de hombres, que son una esperanza y una promesa para la Humanidad. Si nosotros ayudamos al desarrollo de este embrión espiritual, que es nuestro mayor tesoro, estaremos dando la más valiosa forma de contribución a esa conquista de la humana grandeza. Entonces surgirán hombres que opondrán, a los armamentos humanos, la realización de aquellos divinos poderes que Dios destinó al hombre, y conquistarán a aquellos que continúen confiando su destino a las máquinas.

Es preciso que tengamos fe en la grandeza y en la superioridad del hombre; de ese mismo que ha sabido recoger y dominar las fuerzas cósmicas que, indómitas, vagaban por el éter. Es preciso que lleguemos a comprender que el fuego del genio, el poder de la inteligencia, la luz de la conciencia, deben ser energías que

han de ser organizadas y disciplinadas, para que ocupen un lugar efectivo en la vida social de la Humanidad. Hoy, esas energías están dispersas; más aún, se hallan reprimidas y obligadas a desviarse, por los errores de la educación que todavía imperan en el mundo. El niño es mal comprendido por los adultos; los padres, inconscientemente, luchan contra sus hijos, en vez de ayudarles en su divina misión. Padres e hijos, recíprocamente, se desconocen, y una nube fatal los separa desde el primer momento. Y es la incomprensión la que abate al hombre, lo hace extraviarse, enferma su espíritu, debilitándolo y haciéndolo inferior a sí mismo. Es la incomprensión entre niño y adulto, la que provoca las tragedias del corazón humano, el cual luego se muestra insensible, perezoso o criminal. Los hombres humillados se avergüenzan de sí mismos, los tímidos se retraen, los temerosos buscan la seguridad personal, y así se destruye toda la riqueza de la naturaleza humana.

La Educación debe apreciar el valor de aquellos ocultos instintos que guían al hombre en la tarea de construirse a sí mismo.

Y, entre aquellos instintos, hay uno que es muy poderoso; es el instinto social. Nosotros hemos visto experimentalmente que si el niño o el adolescente son privados de la experiencia social, no desarrollan el orden y la moralidad, teniendo éstos que serles impuestos, por lo cual toman la forma de sumisión y esclavitud, en vez de la propia forma natural de grandeza y libertad.

La personalidad humana se construye a sí misma por medio de la experiencia continua. A nosotros nos corresponde cultivar a los hombres, lo cual nos obliga a disponer para la infancia, la adolescencia y la juventud, de un medio ambiente y de un mundo adecuados que les permitan efectuar esas experiencias constructivas.

La personalidad juvenil debiera llegar al mundo de producción, después de haber tenido un adiestramiento basado en la experiencia.

Antes que nada, debe guiarse al hombre hacia la formación de la conciencia de sus propias responsabilidades, hacia la organización total de los hombres. Esto es, desde la niñez, los hombres deben experimentar, de una manera práctica, lo que significa la asociación, para luego desarrollar continuamente su comprensión del secreto engranaje del organismo social. Hoy, tenemos una organización de máquinas que atraen a los trabajadores, como el magneto atrae las limaduras de hierro. En su lugar, necesitamos hombres que usen esas máquinas para cumplir una elevada misión sobre la tierra, misión de la cual sean todos conscientes y por la cual sientan todos responsabilidad.

No hay duda de que el secreto del futuro poder de la humanidad, reside en la época del desarrollo durante la juventud. Las naciones que hoy están preparándose para la guerra, han tomado a los niños y a los jóvenes para darles un lugar prominente en la organización nacional. Los han organizado, convirtiéndolos en una fuerza social activa. Es una desgracia atroz que esa verdad haya sido hasta ahora reconocida solamente por los Estados que siguen una dirección guerrera. Pero es un hecho de gran valor práctico, que un cuerpo verdaderamente poderoso de hombres no puede improvisarse; debe ser preparado desde la juventud, en las raíces mismas de la vida. Esto es, la sociedad sólo puede organizarse utilizando una educación que prepare a los hombres por medio de una serie de experiencias sociales cuya naturaleza varíe de acuerdo con la edad. Aquellos que quieren la guerra, preparan sus juventudes para la guerra; los que desean la paz, abandonan la infancia y la niñez ya que no la organizan para esa finalidad.

La paz es un principio práctico de humanidad y de organización social, que descansa sobre la misma naturaleza humana. No lo suprime, sino lo levanta; no lo humilla, sino le hace recordar su pro-

pio poder en el universo. Y puesto que se asienta en la naturaleza humana misma, es propia de todos los hombres y a todos ha de mover.

Es este principio el que ha de conducirnos a la ciencia de la paz, a educar a los hombres para la paz.

MARÍA MONTESSORI

(Traducción de Mariano L. Coronado)

LA REFORMA EDUCACIONAL DE BUENOS AIRES: SU ORIENTACION, FUNDAMENTO TECNICO Y ENSAYO

Discurso del Ministro de Gobierno en el Coliseo Podesta al dirigir la palabra a los delegados constituyentes de la Corporación Nacionalista de Maestros.

UN instinto seguro y una clara conciencia afirmaron en los grandes hombres rectores de nuestra historia, la convicción y el imperativo de que el problema educacional constituye el centro en el proceso de la formación del espíritu, de la personalidad y de la unidad nacionales. Desde Belgrano, que fundó los primeros institutos técnicos, y Sarmiento, que sembró de escuelas el territorio, dando realidad a un ensueño atrevido que había suscitado la sorna y el escarnio de los contemporáneos, hasta los hombres de Estado y los pedagogos más recientes, que siguieron y completaron aquella inspiración gloriosa, todos ellos vieron con cierta penetración que nada grande, nada constructivo, nada permanente podía emprenderse en este país, sin acometer como premisa la difusión y la reforma de la educación pública.

Fue éste, desde su origen, un país bendecido por la mano de Dios, que derramó sobre la dilatada extensión de sus praderas, riquezas incalculables. La entraña de esta tierra predilecta, atesoraba la veta preciosa, y como por arte de magia, sobre su superficie se multiplicaron las primeras cabezas en rebaños innumerables, y las primeras semillas en

cosechas cuantiosas. Sobre ese fondo fastuoso, el idealismo romántico de los primeros criollos, y luego la épica rusticidad del gaucho y la ambición laboriosa del inmigrante y de sus hijos, fueron diseñando el perfil ascendente y audaz de nuestra historia! ¡La raza probó su fuerza y sus virtudes vernáculas, al abrir la veta recóndita, al convertir en ganado la fauna indómita, al recoger la espiga de trigo y el grano de maíz!

Pero esa asombrosa expansión de la riqueza, planteaba, precisamente, y agudizaba, el problema urgente de constituir una nacionalidad fuerte por su espíritu, por su cohesión, y por la conciencia de su destino. El señuelo de la riqueza fácil y de la falta de concurrencia, atraía grandes migraciones, que se asentaban en nuestro suelo trasladando sus angustias y sus tradiciones foráneas. Y así fué acentuándose la composición cosmopolita de la comunidad argentina, y un materialismo apresurado, alentado por las circunstancias del medio y por la filosofía liberal de la época, inspiraba la conducta de los individuos.

EHEMOS LAS BASES DE LA ESCUELA FUTURA.—Contra la agravación de esos males, uno era el remedio principal: la educación, que difundía el conocimiento de la lengua, de las tradiciones, de la fe y de la historia comunes. Por ello, los fundadores de la grandeza nacional, no ahorraron energías ni dineros para organizarla, divulgarla y perfeccionarla, dotando a la gloriosa escuela argentina, de la cual hoy nos enorgullecemos, de la capacidad técnica, de los elementos materiales que durante toda una época la han colocado en un plano de igualdad con las naciones más civilizadas del mundo. ¡Vaya hacia ellos nuestro tributo de admiración y reconocimiento, pero animados de su mismo fervor, propóngámonos también superarla, echando las bases de la escuela del futuro, de acuerdo con las ideas y necesidades de los nuevos tiempos!

En momento oportuno se constituye, pues, la Corporación Nacionalista de Maestros de Buenos Aires. El Poder Ejecutivo de la Provincia la alienta y la auspicia con todo empeño y con arraigada convicción. Los peligros inherentes

al cosmopolitismo y a la desintegración de los valores tradicionales, se han agravado en estos últimos tiempos. ¡Y una vez más, como ha ocurrido siempre en la historia argentina en los momentos de crisis moral, volvemos la mirada hacia la Escuela, porque de ella esperamos la salvación y la restitución de los más preciados valores nacionales!

Una nueva generación nace en la escuela a la vida pensante. El hombre de gobierno y el maestro tienen el deber de substraerla a las inquietudes torturantes, a las vacilaciones atormentadas, a las perplejidades y desvíos que tanto han contribuído a perturbar el destino de las generaciones anteriores; tienen el deber de infundirle la certidumbre de su propia misión, contra toda duda y todo excepticismo; la fe incommovible en ciertos principios eternos de conducta moral y colectiva; el sentimiento de que ha de cumplir una función histórica, indisolublemente unida a la trayectoria de la patria. ¡Esta generación ha de saber y comprender que ella será grande y feliz, con la grandeza y la felicidad de la patria, o que ella será pequeña e infortunada con la pequeñez y el infortunio de la patria! El gobernante que la pierda de vista, que no consagre sus desvelos a protegerla, a conducirla y a enaltecerla, traiciona su propio deber; ya que es deber del gobernante superar la contingencia de la hora que pasa, y buscar en sus actos y pensamientos la trascendencia del porvenir.

SERÁ NACIONALISTA O NO SERÁ NADA.—La Escuela Nacionalista no constituye, pues, una fórmula trivial. El uso desmedido e incomprensivo de sus términos puede quitarle su significación verdadera y profunda. Pero la fórmula encierra un vasto programa, cuyo cumplimiento requiere años de elaborada maduración, y cuyo comienzo no admite demora. El nacionalismo en la escuela implica un concepto, un sentimiento y un acto de voluntad. El concepto es la noción clara, racional y precisa, perfectamente asimilada por el intelecto y arraigada en la reflexión, de que la Escuela es, antes que nada, un órgano del Estado al servicio de la Nación, que se propone, sobre toda otra finalidad, la formación de individuos aptos y útiles a la comunidad, cuyo pri-

mer deber es el de servir a los fines de la Nación y del Estado, con subordinación, y si es necesario con sacrificio de todo otro interés, o finalidad individual, de clase o de doctrina. El sentimiento nacionalista en la escuela está alimentado por el cultivo y por el ejercicio permanente de la emoción y del orgullo patrióticos, cristalizados en la práctica de la disciplina colectiva, y en el homenaje a los emblemas de la Nación, así como en la compenetración afectiva y sincera con los valores tradicionales acumulados por nuestra historia. Y, por último, el acto de voluntad se expresa en la disposición física y técnica que capacita al individuo para rendir beneficios a la colectividad, en la forma del trabajo, de la creación de riqueza, o de la especialización intelectual y profesional.

Cabe decir, entonces, que la Escuela debe ser nacionalista, o si no, no será nada. Mas aún, una Escuela que no lo es, constituye una arma que se vuelve contra la seguridad del Estado y de la Nación. *Porque la instrucción, que puede todo lo grande y constructivo, puede también, por ello mismo, todo lo mezquino y destructivo.* La escuela proporciona los medios de comunicación, la habilidad argumentativa, los recursos del conocimiento, y ellos pueden ser utilizados indiferentemente para el bien o para el mal, para la patria o contra la patria! Una escuela que no está firmemente orientada en aquellas direcciones, constituye un peligro público y puede convertirse, de un momento a otro, en un instrumento de perturbación y de ruina. Como el acero, es sagrado cuando lo esgrime el hombre de honor y es ponzoñoso cuando lo esgrime el delincuente.

LA DUDA MATA EL ALMA DEL NIÑO.—Por eso el Gobierno de Buenos Aires ha querido proteger a la escuela de toda contaminación peligrosa. Esta es una materia muy delicada, que no admite términos medios: se trata de creer o de no creer! La educación del niño, necesariamente, debe tener cierta base dogmática. Porque la sensibilidad y la razón infantiles no están preparadas para recibir la duda. La duda mata el alma del niño y aniquila en germen su espíritu. Es así como este Gobierno, ha castigado y castigará

todo intento de perturbar el candor, la credulidad y la buena fe del niño, con doctrinas internacionalistas y destructivas, sean ellas inspiradas por el comunismo o por cualquier otra forma más embozada y astuta de la propaganda disolvente! Y en la consecución de este propósito, el Gobierno será despiadado e implacable, montará guardia en la puerta de cada escuela para fulminar la duda mortal cada vez que quiera aproximarse, pues en el espíritu sensible y diáfano del niño, la palabra ponzoñosa cae como la gota de ácido, que empaña todo el contenido.

LA REFORMA EDUCACIONAL EN GESTACIÓN.—¡El Gobierno de Buenos Aires quiere y tendrá la Escuela Nacionalista! Tanta ha sido su preocupación en esta materia, que a los pocos meses del ejercicio del poder, ha iniciado las reformas necesarias para constituir la. Ha reincorporado a la temática obligatoria de la enseñanza escolar, los principios de moral cristiana, de acuerdo con la exigencia constitucional y con las directivas formuladas por el Gobernador de la Provincia en su carta al Director General de Escuelas; ha organizado y difundido la educación física y deportiva, y ha promovido en alto grado la emoción patriótica. Pero esta asamblea de maestros no tendría motivo ni justificación si todo estuviera hecho. Muy al contrario, una tarea pesada nos aguarda. Falta acometer la reforma de la enseñanza en sus normas y finalidades más íntimas y complejas, y esa reforma trascendental está ya formulada en los proyectos inspirados y auspiciados por el Gobierno, el comienzo de cuya vigencia y aplicación anunciamos para el año próximo.

La gloriosa escuela argentina, que ha sido el núcleo de la grandeza nacional, reclama una reforma urgente. Las nuevas exigencias de la vida moderna, el peligro ya anunciado del cosmopolitismo, con la consiguiente divulgación de las doctrinas hostiles a la nacionalidad, hacen necesaria una reforma trascendental. Nadie puede negar que, en relación con el estilo de la vida contemporánea en todos sus órdenes, económico, técnico y político, la enseñanza argentina peca de excesivamente abstracta e intelectualista. La nación del porvenir será a imagen y semejanza de la escuela. *Y una escuela intelectualis-*

ta hará una República de pedantes, de doctores argumentistas y deliberativos, de ergotistas cavilosos. El problema asume ya caracteres alarmantes, al crear una clase populosa de intelectuales en disponibilidad, que aprovechan sus vacaciones forzosas para sembrar la duda y el desconcierto, mediante los poderosos recursos de persuasión que les proporcionaron la escuela, el colegio y la universidad. La Escuela Nacionalista quiere en cambio una República en acción, de métodos realistas, sostenida por un idealismo concreto, afirmativo y constructivo. Queremos una enseñanza viviente, no una enseñanza abstracta; una enseñanza que insuma en sus fines y en sus métodos la personalidad total, con sus intereses múltiples y sus variadas exigencias. Porque hasta los valores aparentemente más intelectuales y abstraídos de la realidad, como la ciencia y la lógica, son vividos por el individuo en función de su persona y de su medio. También, la ciencia, la lógica y la pura especulación intelectual caben en la enseñanza nacionalista, a condición de que ellas sean, no sólo nociones abstractas, sino también experiencias del intelecto, vividas al calor y al servicio de la nacionalidad. No se puede explicar mejor el concepto que con las palabras de Gentile, el ilustre filósofo que inspiró la reforma de la educación italiana bajo el gobierno de Mussolini: *«El hombre que hace una distinción entre su persona y su saber, desconoce la naturaleza del saber. El maestro moderno no puede concebir un saber que no sea un acto de la personalidad, ni puede concebir una personalidad abstraída de sus ideas, de su modo de pensar y de sentir, abstraída del mundo que constituye su propia vida! Y como quiera que la personalidad concreta significa nacionalidad, resumiendo puedo afirmar, que ni la escuela ni la ciencia reconocen un saber que no sea un saber nacional»*.

ENCICLOPEDISMO ABSTRACTO Y DEBILIDAD MORAL.—Emparentamos este concepto con el concepto ya invocado por el ministro que habla al dar posesión de su cargo al señor Director de Escuelas y digamos como Max Schiller que la cultura es una categoría del ser.

Y en el sentir nada más penoso que el ejemplo ofrecido por algunos jóvenes egresados de nuestros institutos. Ellos

salen con la cabeza atiborrada de nociones abstractas, de datos estadísticos, de cifras y de fechas. Ese enciclopedismo tan abundante como superficial, contrasta generalmente con el raquitismo físico y el carácter vacilante y dubitativo del individuo. Diríase que la endeble estructura moral y biológica cae abrumada bajo el peso imponente de esos conocimientos, acumulados en largos años de aula enrarecida, de conferencia magistral y de palmeta pedantesca. Ese tipo de enseñanza fomenta en el ánimo del escolar tendencias negativas e infecundas. Una de ellas es el menosprecio hacia el trabajo manual, forma de la actividad humana sobre la cual se asienta en definitiva la prosperidad de la República. Otra de las tendencias funestas, es la incapacidad de alentar toda creencia basada en la fe, y la irresistible inclinación a sujetar a la crítica y a la argumentación las convicciones más sagradas y vitales!

Por eso nuestra reforma, cuyos detalles de organización y aplicación paulatinas, quedan librados a la pericia de los directores técnicos y de los maestros, comprende todos los aspectos de la formación personal. Tiende a la diversificación de la educación, en la unidad viviente del individuo, en contraste con la abstracción de la instrucción intelectualista. Al lado de la educación intelectual, nuestro proyecto eleva a igual jerarquía la educación moral del carácter y del sentimiento, la educación física, que disciplina al cuerpo y lo rinde eficiente, la educación técnica y vocacional que sitúa al hombre en el ambiente y le da los medios de vencerlo.

La educación religiosa acaba de ser instaurada en las escuelas. Este Gobierno está convencido de que ella constituye el medio eficiente para impartir en los niños la fé en los principios morales de la conducta. La impondrá con inquebrantable decisión, salvados los escrúpulos de la libertad de cultos y de conciencia. ¡La escuela sin Dios no puede ser la escuela nacionalista!

LA DISCIPLINA Y LA EDUCACIÓN FÍSICA.—Para la formación del carácter y de la disciplina física y corporal, este Gobierno ha iniciado también la práctica sistemática de la educación física. Ha constituido con este propósito la Dirección

de Educación Física. A este organismo corresponde dirigir y concertar todo lo que se refiere a cooperación, deporte, asistencia social y gimnasia. Este Gobierno quiere una niñez que no sólo sea inteligente e instruída, sino también viril, disciplinada y equilibrada. Estaremos en condiciones de convocar para el año próximo una movilización general de los alumnos de la Provincia. Para la realización de estos fines, requerimos la colaboración y el entusiasmo de los maestros. El menor entorpecimiento, el menor obstáculo, la menor transgresión o manifestación de mala fe o mala voluntad, serán severamente reprimidos por el Gobierno, pues entendemos que la instrucción física tiene cabida periódicamente dentro del programa de instrucción general, destinándosele varias horas por semana. De la Dirección de Educación Física, dependerán la organización de la cooperación escolar, que proveerá a los niños pobres de los útiles y vestuario, los jardines de infantes, las colonias de vacaciones y las colonias de niños débiles. Porque, como ya tuve oportunidad de expresarlo al poner en posesión de su cargo al actual Director General de Escuelas, la buena educación requiere una buena base física y biológica, y no la habrá en la Provincia mientras queden niños que en ella padezcan hambre! La universalidad del deber de la instrucción, que impone el Estado a sus ciudadanos, implica el derecho correlativo a subvenir a las necesidades elementales de la vida.

ENSEÑANZA VOCACIONAL Y TÉCNICA.—Queda por enumerar el aspecto más complejo, el técnico y especializado de la reforma de la enseñanza. Se refiere él a la adaptación vocacional, técnica y profesional. Según el criterio de este Gobierno, tres o cuatro años bastan para asegurar en el niño el conocimiento de los rudimentos imprescindibles de toda educación. Los dos o tres años restantes serán dedicados a la adquisición de conocimientos técnicos, adaptados a las circunstancias sociales, económicas y naturales de cada zona. En las ciudades, se propenderá a la enseñanza de las nociones y manualidades propias de la industria y del comercio: contabilidad, tecnología, mecánica, dactilografía, etc. En la campaña, infundiremos preferentemente la práctica en las artes

rurales. Con respecto a la mujer, especializaremos su orientación en la puericultura, las labores caseras, corte y confección, apicultura y las demás formas de actividad que son específicas del genio femenino.

LA COLABORACIÓN DEL MAGISTERIO.—Para realizar el vasto plan expuesto, este Gobierno necesita la colaboración sincera, la íntima compenetración y la eficiencia técnica de un elemento humano esencial, cuya ausencia, vacilación o indiferencia, puede perturbar su desarrollo y malograrlo. Este elemento es el maestro. Así como el éxito de la batalla descansa sobre la moral del soldado, esta batalla que emprendemos para la reforma y el enaltecimiento de la escuela, descansa sobre la moral del maestro. El alto nivel de su disciplina y de su moral combativa, determinará el alto nivel de la nueva escuela. Su misión participa de la abnegación del militar y de la austeridad del sacerdote. El es el depositario fiel del porvenir de la patria: sus responsabilidades son tremennas. Su tarea, por lo tanto, no es meramente intelectual. No ha de enseñar sólo a leer, a escribir y a sumar. La mujer ha de poner en la empresa su ternura, el hombre su vigor. Por fortuna, el glorioso maestro argentino ha estado siempre a la altura de su misión. Artífice silencioso y modesto de la nacionalidad, así como el resero abrió los caminos de la riqueza en la pampa infinita, él ha abierto los surcos del espíritu en la perspectiva infinita de las generaciones. El resero anónimo ya tiene su estatua; también tendrá la suya el maestro, y ella se ha de alzar, seguramente, en esta ciudad de La Plata, sede de la primera Asamblea Nacionalista de Maestros. Y cuando los niños de esta generación escolar, se hayan convertido en artesanos y labriegos laboriosos, en soldados abnegados y las niñas en madres hacendosas, ellos irán en caravana interminable a rendir tributo a la memoria del primer maestro que encendió en su alma cándida el fuego inextinguible de la patria. ¡Que así sea para asegurar la grandeza de ésta por los siglos de los siglos!

ROBERTO J. NOBLE

INFORMACION SOCIOLOGICA

INTRODUCCION A LA SOCIOLOGIA

1. EL PUNTO DE VISTA NORMATIVO.—Lo que caracteriza a los primeros estudios acerca de la Sociedad es precisamente un punto de vista *finalista* y *normativo*; finalista, es decir, la única consideración del ideal a realizar, la única investigación: lo que *debe ser* la mejor organización social y política; normativo, es decir, la preocupación inmediata por establecer normas, reglas de acción para la vida colectiva. Tal es, especialmente el punto de vista de los filósofos: recordemos a Platón en su *República* y en sus *Leyes*, a Aristóteles en su *Política*, a Hobbes en su *Leviathan*, a Spinoza en sus tratados políticos, a Locke en su *Gobierno Civil*, etc.

Los teólogos, por su parte, se impusieron la misión de aplicar las doctrinas de la Iglesia a las principales cuestiones de moral social. En los Padres de la Iglesia se encuentran severas condenas contra la propiedad individual, fundadas en el principio tradicional de que "la tierra es un bien común de la Humanidad". Tomás de Aquino y los Tomistas aceptan una doctrina de la soberanía, de acuerdo con la cual ésta reside, en forma mediata, en Dios y en forma inmediata en todos los hombres. En nuestros días, la Sociología se identifica, en algunos autores católicos, con una especie de moral social. Es, para ellos, el estudio de las relaciones que *deben* normalmente existir entre los miembros del grupo social.

En el siglo XVI, los teóricos reformadores describen la Ciudad Ideal. Recordemos a Tomás Moro en su *Utopía*, a Juan Bodin en su *República*, a Tomás Campanella en su *Ciudad del Sol*.

En esa misma época, los juristas anuncian la teoría del "derecho natural" que ha de desarrollarse con Grocio, con Burlamachi, con Pufendorff; a ella pueden referirse las ulteriores tentativas de "paz universal" del Abate Saint Pierre y de Kant. En el Siglo XVIII, los escritores políticos abundan: baste citar el *Sistema Social*, de Holbach, el *Có-*

discurso de la Naturaleza de Morelly, las obras políticas de Mably, de Voltaire, el *Contrato Social* de Rousseau, doctrina esbozada ya por Hobbes y por los teóricos del derecho natural.

Todos esos trabajos son fieles al punto de vista finalista y normativo. El ideal es más metafísico en Platón, se hace más empírico en Aristóteles, teológico en los autores cristianos y se transforma en laico en los filósofos del siglo XVIII. Se trata, como se ve, de definir un ideal, se habla de *lo que debe ser*, no de *lo que es* ni de *lo que tiende a ser*.

Este punto de vista normativo y esa preocupación por lo que es "legítimo" no deben despreciarse. El error está en que, en lugar de tomar como base una ciencia precisa de las realidades sociales, éstas reposan en puras consideraciones *a priori* en relación con un análisis ideológico, desconociendo el verdadero problema que considera los hechos sociales como *una realidad que debemos tratar de conocer y de comprender antes de legislar para ella*.

2. LA NOCIÓN DE LEYES NATURALES EN SOCIOLOGÍA.—Para que la Sociología pudiera organizarse como ciencia positiva, fué necesario hacer luz acerca de la idea de que los fenómenos sociales obedecen a leyes.

Esa noción la encontramos ya en *El Espíritu de las Leyes* al declarar Montesquieu que «las leyes son las relaciones necesarias que se derivan de la naturaleza de las cosas». definición excelente de la ley natural que muy bien podía aplicarse a los hechos sociales. Es la Filosofía del Derecho.

Del conjunto de los hechos históricos puede desprenderse una ley general del desarrollo de la Humanidad. Es la Filosofía de la Historia. Bossuet, en su *Discurso acerca de la Historia Universal*, trató de demostrar que toda la historia del hombre está dirigida por un designio providencial. Voltaire, en su *Ensayo sobre las Costumbres*, quiso establecer que la historia nace de causas puramente humanas. Juan Bautista Vico, en sus *Principios de una Ciencia Nueva*, con la que creó realmente la Filosofía de la Historia, afirmó la unidad del desarrollo humano y la identidad de las leyes que lo gobiernan en cada uno de los diferentes pue-

blos. Luego Herder señaló el lazo estrecho que une al hombre con la naturaleza así como a las generaciones con los individuos. Condorcet trató de señalar el progreso humano como un proceso natural que se efectúa obedeciendo a leyes inmutables.

Por su parte, la Economía Política toma carta de ciudadanía entre las ciencias en el siglo XVIII con los fisiócratas franceses. Hay un orden natural y esencial en las sociedades, orden natural que fue trasladado del dominio económico al dominio político, dando nacimiento a la Ciencia Política por la cual los legisladores no deben *hacer* las leyes sino reconocerlas y promulgarlas.

También en el siglo citado, la Estadística dejó de ser una disciplina, puramente descriptiva, para convertirse en el estudio numérico de los hechos sociales que están sometidos al dominio de leyes rigurosas.

En todas esas ramas: Filosofía del Derecho, Filosofía de la Historia, Economía Política, Ciencia Política, Estadística, se elabora poco a poco, la idea de que los fenómenos sociales constituyen un *orden natural* y de que existe una *naturaleza social* sometida a leyes.

Esa noción de *orden* natural tenía un carácter rígido, inmutable, de conformidad, únicamente, con la voluntad del Creador de todas las cosas o con la esencia racional del hombre. Es la tendencia *absoluta* en la Sociología. Bonald decía: existe una y una sola constitución de la sociedad política, una y una sola constitución de la sociedad religiosa: la reunión de esas dos constituciones y de esas dos sociedades forma la sociedad civil.

Ese estado de espíritu absoluto debía modificarse a lo largo del siglo XIX: vinieron las influencias relativistas. Primero la Historia, luego la Etnografía llegaron a señalar a los sociólogos la variabilidad de las instituciones humanas al través del tiempo y al través del espacio. La dialéctica de Hegel dió a los espíritus el medio de libertarse de esa superstición de lo inmutable.

Llegó enseguida el desarrollo de la Biología en la que las teorías transformistas demostraban como las categorías fundamentales deberían ser consideradas, no cómo cuadros

rígidos y fijos, sino como tipos de estructura temporalmente sometidos a una incesante evolución.

Esas diferentes influencias deberían llevar a los sociólogos a comprender que una *ley* no es otra cosa que una relación *constante* entre elementos que *varían* y que es un contrasentido el de enlazar la noción de la permanencia de las *leyes* con el concepto de la fijeza de las *formas* o de las *instituciones*.

Estudiemos la variabilidad en el tiempo. Esa idea de lo relativo se manifestó con la aparición del *historismo*. El derecho ve en las reglas jurídicas la emanación espontánea e inconsciente de la comunidad espiritual que forma la nación.

La Economía Política pone de relieve las relaciones que existen entre los hechos económicos y los demás fenómenos sociales. Decía Roscher, en su *Bosquejo de un curso de Economía Política según el método histórico*, que para comprender científicamente un solo aspecto de la vida social, era necesario conocerlos todos.

Las doctrinas socialistas han contribuído a hacer penetrar las preocupaciones históricas en los estudios sociales. El Saint-Simonismo afirmó que la propiedad es un hecho social, sometido como los demás, a la ley del progreso; puede, en consecuencia, ser entendida, definida, regulada de diversas maneras. Lassalle lo dijo: la propiedad no es sino una categoría histórica.

Analicemos, ahora, la variabilidad en el espacio. La extensión de las investigaciones etnográficas, el estudio de las instituciones y del folklore, los relatos de exploradores y de misioneros permitieron descubrir que una institución que se creía uniforme, se presentaba en realidad, en la especie humana, en distintos aspectos: el derecho, la familia, la moral, el comercio, la industria, etc., llegando así a destruir, en los sociólogos, el fantasma de lo absoluto.

Las distintas escuelas—entre otras la antropología inglesa y la histórico-cultural alemana—se oponen sobre todo a las ideas simplistas que representan a la evolución humana como si hubiese sido única; relacionan los fenómenos de la civilización, no con una hipotética evolución general de la Humanidad, sino con un encadenamiento cronológico y geográfico de las sociedades. Las técnicas, las artes, los mitos, las

instituciones se copian, se transmiten, se difunden en grandes extensiones: de allí los conceptos de *capas de cultura*, de *círculos de civilización*: una cultura está formada evidentemente por estratificaciones de diverso origen, unas muy antiguas, otras más recientes.

CAPÍTULO SEGUNDO. *El carácter específico de lo social. La Sociología Naturalista y la Sociología Psicológica.*—Faltaba a la Sociología una noción fundamental: iba a tomar conocimiento del carácter específico *de lo social*, es decir, a darse cuenta de que los fenómenos sociales constituyen, de acuerdo con la afirmación de Durkheim, un “reino natural” que tiene sus caracteres propios y que es distinto de cualquier otro orden de fenómenos.

I. *Los precursores.*—En realidad cuando una disciplina intelectual tiende a constituirse en ciencia, obedece generalmente a exigencias opuestas y, en apariencia, contradictorias. La ciencia nueva, por la necesidad de afirmarse como disciplina positiva, sufre la atracción de las ciencias más cercanas y simplificando exageradamente su objeto, llega hasta a identificarse con ellas. Sin embargo, un día esas simplificaciones se manifiestan no adecuadas a la complejidad del asunto que se estudia: entonces se afirma lo específico de ese mismo asunto.

La Sociología pasó, como es natural, por tales vicisitudes; sufrió, en su origen, influencias poderosas de las ciencias naturales. Fueron los Enciclopedistas quienes hicieron penetrar en las ciencias sociales el espíritu positivo: antes que Comte afirmaron la unidad de los conocimientos humanos, aceptaron la idea de un determinismo universal dentro del cual todo está enlazado; Holbach había dicho que existe un *Sistema Social* así como hay un *Sistema de la Naturaleza*.

La idea de una “Ciencia del Hombre” es de inspiración biológica. Saint-Simon se demostró muy preocupado por la fisiología. Llegó a afirmar que la Ciencia del Hombre forma parte de esa rama de conocimientos humanos.

La diferencia entre sociología y fisiología se encuentra bien marcada en uno de sus discípulos, Bucher, quien escribió acerca de las etapas de transición de la fisiología individual a la fisiología social. Su razonamiento es interesante:

“los fenómenos sociales no son los mismos en los diversos puntos del globo ni en las diversas épocas históricas. Mientras el individuo presenta siempre los mismos instintos, las mismas pasiones, las mismas necesidades, en la organización social manifiesta diferencias y sufre numerosas y notables modificaciones, lo que demuestra que la sociedad no es la única expresión de las tendencias individuales y que la especie está sometida a leyes particulares diversas de las que encontramos en la fisiología”.

Augusto Comte es quien ha vulgarizado la noción de ciencia positiva y autónoma de los hechos sociales. Toda su clasificación de las ciencias reposa sobre la idea de una jerarquía de disciplinas en las cuales aquellas cuyo objeto de estudio es más complejo dependen de las de temas más sencillos sin reducirse a ellas y conservando su propia originalidad. La física social, la sociología, como la bautizó en 1839, forma precisamente la parte superior de esa jerarquía.

En resumen, el concepto preciso de lo específico de la sociología con una tendencia a concebirla bajo el aspecto de la biología, tal es la contribución que, en estas actividades, dieron los saint-simonistas y los comtistas.

II. *La Sociología naturalista.*—La forma más característica que ha tomado la sociología naturalista es la llamada *teoría organicista*.

Consiste en asimilar la sociedad a un organismo vivo, a un sistema de unidades individuales como las células en biología. Herbert Spencer dice que la sociedad debe ser considerada como un organismo por dos razones: por su crecimiento continuo y por el fenómeno de la división del trabajo. Señala diferencias entre el organismo biológico y el social: en la sociedad, las unidades están separadas, se encuentran más o menos dispersas mientras que en el animal forman un todo concreto; en éste “la conciencia está concentrada en una pequeña parte del conjunto” mientras que en la sociedad “está distribuida en todo el grupo, cada una de las unidades posee la aptitud a la dicha o a la desgracia”. No existe un “sensorium social”.

Para el organicista belga Guillermo de Greef la sociedad obedece a las leyes generales de estructura, de funciona-

miento y de evolución de la materia organizada; como los seres vivos, es susceptible de progreso y de decadencia: en este último caso, como en el dominio orgánico, las funciones más elevadas son las que desaparecen primero. A los factores económicos y genésicos se superponen los factores estéticos, intelectuales, morales, jurídicos y políticos.

Los organicistas franceses más notables fueron Alfredo Espinas y Renato Worms. El primero define la sociedad diciendo que es "una conciencia viva o sea un organismo de ideas." Acepta, contrariamente a Spencer, la existencia de una verdadera "conciencia colectiva." Worms, por su parte, afirma que lo social es un aspecto de la vida, que las leyes biológicas se encuentran también en sociología. Se pasa del mundo orgánico al mundo social sin sacudidas y sin interrupciones por medio del mundo mental; si queda algo de lo orgánico en la sociedad, ese algo ha sido replegado por las contribuciones innumerables y sucesivas de lo mental. Para él, la sociología no es otra cosa que la prolongación de la biología.

La Zoosociología.—Las ciencias naturales provocaron otra serie de investigaciones que ayudaron, en cierto modo, a precisar la posición de los problemas sociológicos: fué el estudio de las sociedades animales, estudio que recibió el nombre de zoosociología. Recordemos los siguientes libros: *Colonias animales* de Edmundo Perrier, *Las sociedades en los animales* de P. Girod, *El Comunismo en los insectos* de E. L. Bouvier. Muchos biólogos no aceptan ese punto de vista; para ellos el conjunto de células que constituyen el cuerpo de un animal no integra una sociedad la cual consideran formada por individuos: el individuo no existe sino libre de todo lazo material; desde el momento en el que se produce una relación material, una dependencia fisiológica, el individuo desaparece. Las colonias animales no deben confundirse con las sociedades. Entre el estudio de las asociaciones animales y la sociología humana existen relaciones lejanas pero se señalan grandes diferencias de cualidad. De las investigaciones de la zoosociología se desprende, cada vez más claro, el concepto de lo específico que caracteriza al fenómeno social en la especie humana.

III. *La Sociología Psicológica. La teoría imitativa de*